

# ÍNDICE

Elección.....	5
PRIMERA PARTE (INFANCIA)	
Primeras letras .....	11
La pedrada, la leche y la naranja.....	15
La pelea .....	18
El catalán, el gato y los litines.....	22
Franco y la acequia .....	27
La Primera Comunión.....	34
La modernización y la bicicleta .....	39
El nuevo trabajo de mi padre .....	44
La casa nueva .....	50
El rubio malo y el bullying .....	56
Tarzán y la bicicleta.....	63
La riada .....	68
De vuelta al pueblo.....	79
El trabajo.....	91
SEGUNDA PARTE (MOCEDAD)	
El primer baile .....	99
El triste final de la abuela y los nuevos amigos .....	105
La Fiesta Mayor .....	117
El fútbol .....	130
Cuatro y un seiscientos .....	143
“Els Dracs” y la matanza del conejo.....	153
El taller de confección.....	168

TERCERA PARTE (EMANCIPACIÓN)

Barcelona.....	189
La RENFE, Lloret de Mar y otro seiscientos.....	201
La nueva pandilla del pueblo.....	212
La muerte de mi padre .....	221
La mili (el campamento) .....	235
La mili (el cuartel) .....	249
La escuela de sastrería y las manifestaciones .....	261
Los japoneses.....	276
Navidad.....	291
Me equivoqué de mundo.....	305
La despedida.....	318

# ELECCIÓN

Fue después de una larga espera cuando por fin vine a este mundo, naciendo en una casa a las afueras de un pueblecito del interior de Cataluña. Un pueblecito agrícola, en el que había dos pequeñas fábricas y muchos más bares. Pero yo no esperaba que este mundo que había elegido para nacer fuese tal como ha resultado ser.

Me acuerdo que antes de nacer, por allá 1950, un día en que estábamos de tertulia en el cielo con Dios y un coro de ángeles, después del café empezamos con unas copas de coñac y cuando ya íbamos por la tercera, alguien propuso una partida de mus.

Desgraciadamente, yo nunca he sido buen jugador, ni tan siquiera lo soy ahora, por lo que perdí hasta las plumas de las alas y terminé en deuda. Dios, nuestro Jefe, que es muy severo con eso de las deudas, me dijo:

—¡Oye Ángel! Para pagar tus deudas he pensado lo siguiente: escoge el sitio que quieras, pero te condeno a nacer, y de paso, aprende a jugar al mus.

Tengo que resaltar que al buen Dios nunca le ha sentado bien el coñac.

Al no tener más remedio que acatar la imposición si quería pagar mis deudas y recuperar las plumas de mis alas, empecé a mirar los catálogos de mundos que teníamos allí para estas ocasiones. Los había de todas clases: rojos y gualdas, azules y grana, blancos inmaculados, con barras y estrellas, rojos con hoz y martillo, y así un sinfín de ellos.

Los catálogos venían con explicaciones y ofertas de las más dispares, por ejemplo:

El de barras y estrellas decía: —¡Ven! ¡Serás libre y comerás chicle! Además, si te das con las barras verás las estrellas —(No sé por qué pero el autor siempre ha asociado el chicle con los americanos). Este eslogan no me resultó muy atractivo, no sé... mezclar la libertad con el chicle me pareció demasiado pegajoso y en cuanto a lo de las estrellas, las veía mejor desde donde estaba.

El rojo decía: —¿Estás eligiendo un mundo? Pues... ¡mucho ojo! Sé comunista y sabrás lo que es bueno. Así que... ¡Apúntate al rojo, piojo! Aquí todos somos iguales y el que no al paredón.

Este mundo tampoco me hizo mucha gracia, pues aunque el eslogan rime de maravilla no me gustó que me llamaran piojo.

Cuando llegué al catálogo que hacía referencia al mundo azul y grana pude leer:

—¿Te gustan las pelotas? Nosotros tenemos muchas. Las llamamos "collons". Pero todavía nos faltan muchos para ser "champions" —(debido a una larga ausencia de España, el autor desconoce en la fecha si en los últimos años el Barça ha ganado la Liga). Este mundo tampoco me convenció, pues si a las pelotas las llaman "collons", cualquier día me dan una patada en los huevos.

Aquí hice una pausa. Dejé los mundanales catálogos y me dirigí al camarero:

—¡Oye! ¡Ángel de la Guarda! Tráeme el carajillo que te dije que me guardaras.

El Ángel de la Guarda se sacó el carajillo del sobaco y me lo sirvió diciéndome:

—Lo he estado guardando en el sobaco para que se conservase calentito.

—Gracias, Ángel de la Guarda. ¡Eres un ángel! —le contesté yo dándole de propina las últimas tres plumas que me quedaban.

Después del carajillo y un porro continué con los catálogos. El siguiente era el del mundo blanco. Decía así: —¡El Real lava más blanco! Úsalo en la máquina o a mano. Y no tengas miedo. ¡El Gobierno está con nosotros! —(debido a una larga ausencia de España, el autor desconoce en la actualidad si el

Gobierno sigue estando con el Real o no). Este mundo no lo vi muy estable, pues su nombre me recordaba las monedas de real que ya habían desaparecido y, con la inflación, no tardarían en desaparecer las de cincuenta céntimos también.

El mundo que más me llamó la atención fue el rojo y gualda. En el catálogo decía así:

—¡España! El mundo del mus, las musas y las musarañas. Nuestro mayor atractivo: los cornudos, ¿o se dice cornúpetas?, los toros quiero decir. Mundo de pacífica paz, conseguida y mantenida a garrotazos. Este es un mundo recto y derecho donde manda la derecha —(debido a una larga ausencia de España, el autor desconoce en la actualidad si el Gobierno sigue siendo de derechas o no).

Al leer lo del mus pensé que este mundo me serviría para llegar a ser todo un campeón en ese deporte, pero lo que más me llamó la atención fue lo de un país recto y derecho. Lo de derechas no lo entendí, los ángeles no entendemos de política. Entonces pensé:

—Si es un mundo recto y derecho, será también justo; con igualdad de derechos, libertad, trabajo y educación para todos y, además, humano y sensato.

Así que me decidí por el mundo rojo y gualda, o sea, España.

## PRIMERAS LETRAS

Al nacer, lo primero que vi fue a mi padre fumando “caldo”.

—Macho, qué peste echa tu porro —pensé, y tuve la impresión de que la había jodido al escoger este mundo, aunque no me quise dar por vencido y me dije:

—¡Quizás este porro tiene efectos sublimes! (Nota del autor: Si algún jovenzuelo lee este libro y no sabe qué es caldo que lo pregunte a su padre. Que no lo pregunte a su madre porque a lo mejor le contesta que es lo que se bebe con la sopa.)

Hay que ver la práctica que tenía mi padre: Se sacaba la petaca del bolsillo de atrás del pantalón, el papel de fumar del bolsillo de la camisa, liaba el pitillo, lo encendía con el mechero de mecha y... ¡Hala! ¡Chupa que chupa y a echar humo!

Mi infancia fue la de un niño normal de entonces. En aquellos tiempos estaba de moda eso que llamaban “Pelargón”. ¡Me daba unos atracones de miedo! Yo le quería decir a mi madre:

—¡No me des más Pelargón, que me droga y me doy unos viajes de miedo! —Pero de mi boca no salían más que dos frases:

—Mamá “Pele” pupa y Mamá “Pele” caca —a lo que mi madre entendía:

—Mamá “nene” pupa —y me soplaba en la barriguita y me decía:

—La pupita ya está curadita —y:

—Mamá “nene caca” —y me quitaba los pañales y me decía:

—¡Cómo cagas hijo!

Cuando empecé a andar, mi padre me compró un balón de goma con el que jugábamos los dos al fútbol. Hay que reconocer que daba unas patadas fabulosas, por lo que mi padre me decía:

—Cuando seas mayor jugarás en el Barça.

Yo, sin saber los motivos, instintivamente me llevaba las manos a las pelotas. A veces mi padre rectificaba y me decía:

—Mejor que juegues en el Real. Este siempre gana.

Entonces veía como en sueños como iban desapareciendo las monedas de cincuenta céntimos y un futuro de inflación que se inflaba... se inflaba...

Hacia los tres años tuve mis primeros contactos con las letras. Mi padre me enseñaba a leer usando como libro de texto el TBO. Un día en que estaba estudiando el tebeo, encontré unas palabras que no entendí, eran: Banco Español de Crédito.

Por la noche, al regresar mi padre de ganar el Pelargón (en mi casa no se comió otra cosa hasta que yo tuve cinco años, pues mi padre decía que donde comía uno comían dos, donde comían dos comían tres, donde comían tres comían cuatro, donde comían cuatro comían cinco, y como en mi familia éramos cinco, todos comían de "mi" Pelargón) le pregunté:

—¡Papá!, ¿qué quiere decir Banco Español de Crédito?

Él, poniendo cara grave, me contestó:

—Ya lo sabrás cuando seas mayor.

Que es la respuesta que suelen dar los padres, común a muchas preguntas de los hijos, para que estos se callen y no den la lata.

Entonces yo tomé mi bloc de notas y apunté: Banco Español de Crédito, significa: Ya lo Sabrás Cuando Seas Mayor.

Al cabo de unos días, jugando con mis amigos, éstos me preguntaron:

—¡Oye! Tú que eres ángel... ¿De dónde vienen los niños?

A lo que contesté poniendo cara grave:

—Del Banco Español de Crédito.

Desconcertados, volvieron a preguntar:

—Y ¿qué quiere decir Banco Español de Crédito?

—Ya lo sabréis cuando seáis mayores —contesté satisfecho de mi juego de palabras.

Tanto aprendí con el TBO que a los cuatro años, cuando mi madre me llevó por primera vez a los párvulos de las escuelas nacionales, ya podía leer con bastante soltura.

Al entrar en el aula, el maestro me dio un librito que se titulaba Mis primeros pasos, un cuaderno y un lápiz. Me presentó a mis compañeros y, una vez finalizada la presentación, me sentó en el que sería mi pupitre.

El maestro, que era bastante desprendido en lo que se refiere a enseñar, regresó a su mesa, se sentó y se puso a dar cabezazos... no a la mesa, sino que quiero decir que se durmió. Y allí me tienen, sentadito en mi pupitre con el libro, el cuaderno y el lápiz en la mano. Como el maestro no me había dicho qué es lo que tenía que hacer, al cabo de un rato grité:

—¡Maestrooo!

El maestro dio otro cabezazo, pero esta vez contra la pizarra que tenía detrás suyo, pues parece que mi grito le sobresaltó el sueño. El maestro miraba hacia el techo, como si el grito hubiera venido de Dios que está en las alturas y mi compañero de pupitre le dijo:

—Maestro, que no ha sido Dios, sino el Ángel.

El maestro, llevándose la mano a la cabeza, dijo:

—¡Dios...! ¡Ángel...! ¡Demonios, qué quieres!

—No... Nada, sólo que ¿qué hago?

—¡Demonio! ¿Para eso me despiertas?

—Que no, señor maestro, que no soy demonio que soy Ángel.

—Bueno, pues... mira, tienes el libro que te he dado ¿no? Pues empieza a leer.

A mediodía, en casa, durante el Pelargón, le dije a mi padre:

—Papá, mañana mamá va a tener que ir conmigo a los párvulos otra vez.

—¿Por qué? —contestó mi padre.

—Es que va a tener que comprar otro libro.

Al oír esto, a mi padre se le arquearon las cejas de tal modo que le sobresalían por encima de la cabeza, como si de



dos cuernos se trataran, pues en mi casa no era precisamente dinero lo que sobraba. Yo, al ver a mi padre en aquel estado, me acordé de lo que ponía en el catálogo del mundo rojo y gualda —Nuestro mejor atractivo: los cornudos, ¿o se dice cornúpetas? (los toros)—. Yo miré a mi madre, pero ella a su vez estaba mirando hacia la ventana, ¿Por qué sería? Por fin mi padre dijo:

—¿Pero no te han dado uno hoy? ¿Es que lo has perdido?

—No, ¡qué va! Lo que pasa es que como ya lo he leído todo, pues mañana me tendrán que dar otro ¿no?

Oír esto y desaparecerle los cuernos a mi padre fue todo uno y mi madre ya volvía a mirar hacia nosotros.

Por esas fechas ya no me molestaba el olor de los “porros” que fumaba mi padre, pues de “caldos” había pasado a Celtas ¡y de los largos! Y es que mi padre era un hombre con mucha clase.